El artista en su taller

Habla uno de los "chicos malos" de la plástica

Extraña simbiosis la de Ernesto León y Vicente Gerbasi presente en el libro Iniciación a la Intemperie; dos artistas que, aparentemente, nada se deben. León pertenece a una generación que se llama a sí misma "reflexiva", permitiéndose, sin culpas coqueteos con el poder

BLANCA ELENA PANTIN

A través del contestador telefónico nadie (de marcar un número equivocado) podría siquiera intuir estar oyendo el mensaje de un artista: directo, endiabladamente directo, con una despedida que cuesta digerir a pesar de su afable, amable, tono. "Suerte, mucha suerte", desea Ernesto León después de informar sobre sus próximas exposiciones. Informa e invita, estrategia de diplomacia extrema, principio de educación elemental, extender invitaciones aunque de exposiciones en Londres o Nueva York se trate. "Suerte, mucha suerte" resuena el mensaje en el cerebro del receptor desprevenido que al colgar puede preguntarse, con legítima intriga, quién es esa voz a la que le ha ido tan bien en la vida. Sabiendo quién es, el mensaje quizá no sorprenda aunque el final ("Suerte, mucha suerte") no deje de perturbar.

Casi nunca se lo encuentra en su apartamento de la avenida La Salle a no ser que se pacte una cita expresa a través del eficaz aparato; generalmente está en su casa-taller de Galipán, allí donde se le revelaron los pájaros y una naturaleza que desconocía desde el caos urbano. En Galipán, cerro, Avila arriba, la naturaleza dejó de ser mito para él y se transformó en espacio tangible, posible.

Baja cuando tiene que bajar a su taller-oficina, ubicado en un edificio que sufre como cualquier otro los embates del hampa.

"Ayer desvalijaron a siete carros; al mío le rompieron los vidrios", dice mientras despide a un biólogo y termina de cuadrar detalles de un proyecto.

Puro nervio de tan organizado, metódico que es; lleva unos archivos que ni un científico; no se le escapa nada y su agenda (cronograma) de actividades que parece un despliegue de estrategias de negocio: problema-solución; hablar con Cancillería; Embajada de Venezuela; contactar con Viasa; septiembre Galería de Arte Nacional; primero de octubre Inglaterra; noviembre Nueva York; febrero Sala Mendoza, Caracas y Nueva York. Puro nervio que termina por imponerse a sus maneras, a sus gestos de niño grande. Va y viene; entra a la cocina y se prepara un café.

"Estoy nerviosísimo", confiesa.

Cualquiera podría estarlo con cuatro exposiciones encima; la primera del cuarteto pautada para el 20 de septiembre en la Galería de Arte Nacional donde se expondrán los dibujos originales que ilustraron el libro **Iniciación a la intemperie** de Vicente Gerbasi, editado por Monte Avila y a circular en breve.

Al serle propuesto el trabajo se sintió conmovido por la obra de un poeta que no conoce personalmente y cuyos poemas leía cuando estudiaba bachillerato casi que como un ejercicio de tortura. Al cabo de quince años la lectura se le presentó distinta al punto de pasar horas leyendo subyugado por imágenes que dice frescas, valientes, profundas, ingenuas (Con la luz se abrían los pavorreales./ Se iban por las paredes blancas/ hacia otra dimensión de flores./ Algunas aves volaban entre las últimas estrella/y olía a café y el mundo surgía lentamente/de una ligera niebla).

El café emite su pito de punto y León se lo sirve con franco deseo. En la cocina no se percibe ningún otro utensilio; no hay ollas ni peroles a la vista salvo un machete que despide chispas de filo.

–¿Y eso?

–Siempre llevo un machete encima; no se para qué porque ni siquiera lo tengo para defensa personal; siempre lo llevo conmigo... a veces lo utilizo para cortar monte.

Antropología de la pintura

Dibuja desde niño y todavía hace lo que para los adultos de su grupo familiar era casi un acto de magia. Le pide a alguien una fotografía tipo carné. Le ve la cara. Fija la mirada y corre a un cuarto de donde, en el término de dos, tres minutos a lo sumo, sale con el dibujo en la mano, prodigio que celebra con gracia y del cual sus amigos dan fe.

Son los ernestoleones que andan por ahí con la firma de este artista cuyos pájaros (el prefiere llamarlos "aves") se cotizan en el mercado internacional sobre los dos mil dólares rayando los tres mil.

Si de términos económicos se tratara, algunos hablarían de "precios especulativos", más aún tratándose de un joven, con una trayectoria plástica que apenas excede la década. Sin embargo (fue en definitiva lo que terminó por consagrarlo) contó desde su irrupción, con el aval de la Sala Mendoza.

"Siempre me han tratado como un profesional y se han mostrado pendientes de mi persona y de mi obra. Me gusta como me han tratado".

Hijo del petróleo, como todos los de su generación y como bien se definió, León tiene la virtud de asumir la propuesta estética de un grupo al que se le critica su coqueteo con los estratos económicos más fuertes del país. Ninguno de ellos tiene rollos en admitirlo; León tampoco; una relación, por cierto, exenta de vestigios de inocencia de parte y parte.

"Penetramos el núcleo de sus pensamientos y los hicimos cambiar. Nos llaman porque tenemos cosas que decir. Invierten en nosotros.

Una palabra (inversión) que le para los pelos de punta una generación que optó por otras vías para dar a conocer su obra. A Rolando Peña, por ejemplo, crítico furibundo de la generación que lo sucedió, quien dijo hace poco que estos artistas aparecían más en las páginas de sociales que en las de arte. Eso a León lo tiene sin cuidado; es más lo considera una conquista que en términos prácticos se traduce en nuevos espacios de difusión.

"Hemos llegado a ser personajes incorruptibles conformando una personalidad contundente que los investigadores y los críticos no han registrado debidamente. Nosotros constituimos un movimiento paisajístico tan importante como lo fue el del Círculo de Bellas Artes. Conceptualmente nos inclinamos a los grandes formatos como parte de un culto a la pintura; buscamos la estética sin importar lo bello en términos convencionales".

"Una pintura –según León– más humana que se inclina hacia lo reflexivo sin descuidar la vertiente de lo decadente".

En su caso, León ha basado sus búsquedas sobre "una visión antropológica del país", propuesta que actúa como un hilo ductor en su obra otorgándole un sentido coherente. Es por lo menos su aspiración desde que sintió lo barroco como la clave para desentrañar misterios continentales: España, México y Perú triángulo de equidistantes vértices que encierran su particulares mortificaciones: **Muros en silencio**, junto a Eduardo Marturet, es un ejemplo. Parte de esas claves se le revelaron en Nueva York, "ciudad latinoamericana por excelencia, donde vivió desde el 79 hasta el 85 permitiéndole ser testigo de "la nueva cultura que se gesta en esa ciudad" que se debate entre el inglés y el español. Una cultura cuyos síntomas, ahora, se advierten en Caracas dibujada de este a oeste por la línea de los Graffitis.

"Yo no entiendo cómo a los Raa no los han invitado a exponer en una Galería".

El loro real mira con cierta compasión a la ciudad que le ruge abajo; hay, sin embargo, algo en ese ojo que acusa sin clemencia; algo en la garra que se difumina por obra y gracia de un trazo que la atrapa así, en el aire como clavándolo.

"Es mi compromiso político; mi obra es una obra comprometida".

En todo caso con un poder de convocatoria indiscutible tanto como para lograr la atención del grupo ecológico **Living Earth** de Londres con el cual ha logrado pautar una posible exposición en el Museo de Ciencias Naturales de la capital británica. Y León no se guarda grandes secretos: tan sencillo como lograr un trabajo "creativo y conveniente".

"La creatividad, dice, es integral".

Etica y estética en las aves de León

Ernesto León Cotidiano

Ernesto León se ha tomado en serio la bandera de la ecología más allá de su interés estético. Ahora aúpa la creación de la **Fundación de amigos de las aves del Avila** de, cuyo directorio formarán parte, además de él, Diego Rízquez, Johnny Phelps, Eduardo Marturet, Federico Vegas y un grupo de biólogos que se sumarán al rescate y conservación de especies en extinción como el cardenalito aniquilado por la industria del cruce de su pequeñísima perfección con el canario. Loable tarea que no le resta tiempo para aterrizar, de vez en cuando, por el restaurant **Avila Tei**, favorito de un grupo de artistas que no se niegan placeres como los de la buena mesa; ocasionalmente se deja ver por **El Primi** donde disfruta de una barra que, de una sentada, permite vislumbrar a conocidos y famosos. De ciudades se queda con **Avila** a la que no sacrifica por ninguna otra y a la que pretende regresar cualquier día de éstos. Para estar se está por el Jardín Botánico de Caracas o en los silencios del Avila, el cerro. Eso no lo cambia por nada. La generación reflexiva es así.